

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 18 de Mayo de 1899

Núm. 443



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Por las estrellas del cielo
te juro que, si me olvidas,
de sentimiento me muero.

Mi voto

De los tribunales de honor se habló en este periódico, y ya entonces se dijo, que ojalá Dios pudieran aplicarse a todos, hasta a la prensa. La ineficacia de estas instituciones, y naturalmente ineficacia relativa, es indiscutible. Pero más aún si se aplica a los periodistas. Lo que se llamó cuar o poder, ignoro si en burlas ó en veras, (presumo que en burlas) es un mar sin orillas. Pronunciarse contra quien escribe ó pretende escribir, es, claro está, poner puertas al campo. No resulta igual, desde luego, que varios generales decidan que un jefe deba ser expulsado de la noble profesión de las armas, ó que varios directores de periódico resuelvan el castigo de uno de los que manejan la pluma.

Por dos razones poderosísimas.

Primera: á un periodista no se le puede dar licencia absoluta como á un militar.

Segunda: el que maneja la pluma no gana ni ha ganado los sueldos del que maneja la espada.

Hay periodistas generales, tan generales ó más que los efectivos, que viven vida precaria ¿y por qué no decirlo, si desgraciadamente es cierto en nuestro país? que se mueren de hambre. ¿Se exigirá á un gacetillero que no gane sinó seis duros (en muchas redacciones no pagan más) que abusen de su destino aprovechando las gangas que se le vengán á la mano? Generalmente, el director de diario (aun de los madrileños), no reúne el sueldo, no digo de un general de brigada, tampoco el de un coronel, y la generalidad ni aun el de un comandante. Declaremos que las exigencias de la vida son más duras para estos héroes oscuros del progreso, que para cualquier humilde alférez.

No hablo de los escritores, sinó de los periodistas, y aun en lo



que se refiere á los últimos hay que distinguir, ora se trate de cuartos, ya se trate de talento.

¿Quiere esto decir que defiendo á los que delinquen?—Nó, nunca. Mi historia es limpia, y en diferentes ocasiones he lamentado que no se estableciesen esos llamados tribunales de honor para nosotros.

Y aun en más amplio sentido; dejándoles que entendieran, no ya contra los que abusan, contra los que venden su dignidad por un plato de lentejas, contra los que extravían á la opinión, contra los que aplauden mintiendo glorias vanas y laureles de papel mojado, sinó contra los que no tienen aptitud, ni condiciones, ni estudios, ni número para emborronar cuartillas; contra los que se figuran que para escribir basta mojar la pluma en el tintero; contra los que *prevarican* metiendo la mano hasta el codo en las ideas y en los escritos de los demás; contra los que hablan de todas las artes, ciencias é industrias como las cotorras; y también contra los que, sin ser periodistas, abusan de los escritores y del público; contra los que consienten que los obreros de la inteligencia, agoten sus energías y su juventud en trabajos tan duros y asfixiantes, como el de aquellos que desfallecen en los pozos negros de las minas.

La iniciativa de la Sociedad de Escritores y Artistas merece aplauso, claro que sí; bueno es que se hable y que se discuta el proyecto, que entre muchas cosas malas

no dejaría de ofrecer en la práctica ventajas estimables.

Por ejemplo, la de desenmascarar á los intrusos, á los lobos que se meten en el redil con piel de cordero y á los que no atinan con la profesión que más conviene á su *ineptitud*. Pero ya verán ustedes como no salen estas misas de la sacristía.

TIRON



Hora de descanso.

Novela corta

XI

Fué necesario llamar de prisa y corriendo al doctor, pues la francesa no salía de su desmayo, por más sales que la aplicaban á las narices. Afortunadamente, Córcoles Sierra se tumbó en la mecedora al llegar á casa, con propósito firme de leer unas «*Observaciones acerca del aneurisma de la aorta*», muy interesantes para él, sin duda, por cuanto empezó á roncar de allí á poco, con la Revista en la mano y los anteojos sobre la frente. No había hecho, entre sueño y sueño, más que sacudirse una mosca importuna y aflojarse los tirantes cuando le despertó la tía *Albaricoques*, vieja indefinida, por la edad, por el tipo, por los gustos y por el apodo; saltó el médico restregándose los ojos, y tengo para mí que soñando aún.—Usted confunde el *cayado*, porque antes de estudiar medicina, apacentó usted cabras.—Sí, señor, ya lo sabe usted, señorito; yo fui cabrera, antes de ponerme á servir á los señores, que en Gloria estén (*Referiase á los padres del doctor*). Córcoles, de pie, se apretaba los tirantes, calábase los lentes, y despabilado, gracias al polvillo que le obligó á estornudar tres veces, celebrando el retruécano, que era más bien *retruco*, preguntó:—¿Y te parece á tí que el ronquido es señal infalible de que se ha inflamado el corazón?—Señor, yo no entiendo de esas *retólicas*, porque no estudié *melecina*, como usted dijo de aquí á poco, aunque algo se me pegó de las raíces del monte, y sé yo la que cura la tisis que ustedes aseguran ser incurable; pero si le digo que usted roncaba porque dormía muy de su gusto, y no por respirar mal.—Pues yo te juro por las barbas de Hipócrates, que tú sabes más y entiendes mejor de relajaciones, que ese que habla de la arteria mayor como si la hubiese parido. Y ahora dime: ¿sabes tú si traía mucha prisa la persona que te ha obligado á interrumpir mi disputa con el galeno en cuestión ante la Academia?—Señor, son dos, y creo que ya han venido otra vez: uno se sentó y se quedó mirando á la lámpara, y el otro se paseaba de arriba abajo, tirándose del bigote y mordiéndose las guías.—El doctor que con todo este coloquio había ido lavándose la cara y enjugándola, replicó:—¡Ya! una receta para el notario y otra para el cura de la parroquia.

Como en saliendo á la antesala tropezara de manos á boca con Rolland, sin entretenerse en saludos fuese al grano con esta exclamación:

—¿Tan pronto?

El inglés explicó en dos palabras lo ocurrido, y no pudo decir gran cosa porque ignoraba cómo, cuándo, ni por dónde se presentó Jeanne, interrumpiendo la sabrosa plática con Marianilla. Era sencillo el caso. La tertulia de la Vernot fué disuelta á las doce, á petición de la

interesada que pretextó hallarse bien y con deseos de reposar. Su hermano cayó en sueño profundo, luego de meterse entre sábanas por lo muy combatida que se hallaba su humanidad, y la señorita Forgent tenía sus habitaciones en el segundo, cerca de las de milady Hobson. Jeanne no se acostó, porque sufría esa rara excitación de nervios que proviene del instinto (pues al fin y al cabo, no por tener alma deja de cumplir sus leyes fisiológicas la naturaleza animal) cuando nos amaga algún desastre, no previsto por el sér inteligente. Así se explica que estemos de mal humor ó agitados sin causa ostensible. La Vernot escribió dos cartas, una á Paris y otra á Eduardo Rolland. Acababa de repasar la última y de romperla en mil pedacitos, con los dedos y con los dientes, cuando entraron sus amigos de vuelta del teatro. La ausencia del inglés fué como una descarga eléctrica en sus fibras, y encendida á más de cien grados la caldera de su imaginación, interpretó, adivinándolo, y á su gusto, el tacto con que la Pertiguero procuraba abreviar la visita. Al quedarse sola, su sangre hervía, apretábanle y dolíanle las sienas, y sus pupilas, dilatándose, y encogiéndose, por no sé qué extraña movilidad de los músculos, de que participaban los párpados sedosos, se encendían á intervalos, como se enciende el relámpago en el horizonte. Púsose en acecho, cuidando de apagar la luz de su habitación, y pudo observar lo que pasaba en la de la española, situada á dos pasos de allí, en el propio corredorcillo. Cuando llegó Rolland y se detuvo, empezó á temblar Jeanne como si sintiera frío, y cuando observó que se metía en el cuarto de la Pertiguero, sintió que resbalaban por su frente algunas gotas de sudor, y eso que continuaba temblando como si helase. Descalzóse. Corrió junto á la puerta, y para mayor desventura, la halló entornada. ¿Por qué nó, si todas las acciones de Marianilla eran claras lo mismo que el sol que nos alumbra? Oyó, pues, *Jeanne* todo el coloquio, y en aquel instante supremo, iluminado su espíritu, pasaron por su alma sentimientos que no la habían herido jamás, y por su endeble envoltura sensaciones que eran como chispazos, de los que sin destrozar, llegan en ocasiones á fundir las bobinas. Convertida en puro nervio, segura de que no le amaba el inglés, y llorando al oír expresarse á Mariana, lejos de irritarse ni de odiar á los que inconscientemente destruían todas sus esperanzas y todos sus ensueños de ventura, sintió un enternecimiento raro que se identificaba con la abnegación de su rival, y empujando la puerta, penetró resueltamente, con ánimo de postrarse de hinojos y de pedir á los dos amantes que fueran felices: disposición explicable en quien acababa de perder todas las energías, y como dijo oportunamente el doctor Córcoles Sierra, se hallaba en lo más agudo de la crisis: una de esas crisis humanas tanto más terribles cuanto que no se resuelven en arrebatos de ira y de furor, sinó en reír y llorar.

Lo que Rolland y Mariana tomaron por síncope pasajero, pues no les era fácil apreciar hasta qué punto habían perdido su influencia los centros nerviosos, resultó colapso duro, rebelde. Cuando vió á su enferma el doctor (que conocía ya todos los resortes de aquel organismo como el relojero las máquinas que desmonta — y no es esta comparación absurda por cuanto el *poder mental*, digamoslo así, de Córcoles Sierra era maravilloso), al oír de boca de milady Hobson que todas las sales, vinagres y pócimas caseras no servían para vencer de tan horrible sueño, que más parecía muerte, contestó:

—¡Carape! ¡Si habrán creído que esta señorita se ha desmayado como se desmayan las



La siesta.

mujeres en las novelas! ¡Vamos, háganme ustedes el obsequio de desnudarla y de meterla en el lecho. Avisen cuando esté, y á ver uno, que vaya á la botica. Usted, señor Vernot.

Extendió varias recetas. Quedaron en la sala, apartados de la alcoba el médico, Rolland y Kenteld. Córcoles Sierra dijo al inglés:

—Amigo mío, nada puedo asegurar hasta que despierte, pero verá usted como no falla mi pronóstico: la Vernot está condenada á morir.

—¿Tísica?

—Tísica, ya se lo dije. Lo único que me resta hacer es trabajar para que no se precipite el desenlace. Aunque parezca mentira, el colapso viene en mi ayuda. No saldrá de él hasta dentro unas horas, las que yo quiera y necesite.

Nada contestó Rolland; sentóse en una butaquita y abismó la cabeza en las manos. Kenteld se puso á leer un número del *Jugend* que sacó del bolsilo y el doctor asomándose á la alcoba dictó: «cámbienla ustedes de ropa interior bien sahumada; pónganle franela en el pecho.»

El hermano de Juana halló, de vuelta de la farmacia, á Córcoles Sierra inclinado sobre el pecho de la paciente, y á todos los demás graves y mudos, apartados, de pie y casi formando semicírculo. La única separada del grupo era Marianilla que alumbraba al doctor. Parecían todos estatuas de cera. El infeliz no pudo contener su emoción, y rompiendo en sollozos, dijo: «¡Jeanne, Jeanne, pauvre petite!» Córcoles Sierra, extendió un brazo, replicó: «¡Chut! ça ne vaut rien.» El doctor puso una mano en el epigastrio, llevóla después al corazón al mismo tiempo que paseaba la otra por la frente, por las sienas y por la nuca; acarició la espina dorsal, y cogiendo de lo que traía Vernot, aplicó unas gotas á los labios, de un frasquito, untó de otro el vientre, frotó las articulaciones, hizo colocar tres almohadas en los pies, levantó los párpados y sopló con fuerza, cogió los dedos, tirando del cordial, y se vió que aquel hombre parecía mirando á Juana tan impasible é inmóvil como ella. Pálido, livido, sólo daba fe de vida en que tenía las cejas encarnadas, fruncido el ceño; á poco se levantó casi imperceptiblemente, como si lo hinchase una ola mansa, el pecho de la enferma, ola que desmayó en los labios produciendo una especie de hipo. El doctor la dejó entonces volviendo á pasar su mano por la frente y por los ojos, y murmurando, con otro á modo de hipo, aunque este era de profunda satisfacción:—¡Bien!—Absorbió un polvillo con más deleite que de costumbre, dijo á la señora Hobson que mandase preparar un caldo flaco, que mezclaría con diez ó doce gotas de vino generoso para dentro de tres horas, encargó que se trajera un poco de hielo, y casi arrastrado por Vernot salió á la sala:

—En la farmacia me han dicho: «muy grave está».

—Sí, señor—replicó Córcoles tomando otro polvo con verdadera avaricia—sí, señor, muy grave: la he traído acá desde muy lejos, y era muy delgado y sutil el hilo que la retenía; pero por ahora, y conste que por ahora, ya está en terreno firme.

—No me oculte usted nada, amigo mío, soy hombre y soy fuerte.

—Pues bien; tiene usted hermana durante el tiempo necesario para que se acostumbre á



Capricho.

La Saeta

verla morir. Dentro de tres ó cuatro días se levantará; dentro de seis se la llevará usted á Suiza: estará usted allí hasta el otoño, engañando todas sus ilusiones; el quince de Septiembre me reuniré yo con ustedes, si no me avisa usted antes: le preparo una agonía dulce: *pasará*, como dicen ustedes, sin saber que nos abandona. Es todo cuanto está en la mano del médico y del sacerdote, salvo siempre un milagro de Dios que preside todos los llamados fenómenos de la naturaleza, porque nuestra ignorancia es más grande que su sabiduría.

Nada pudo contestar Vernot, porque Marianilla que había escuchado estas últimas palabras, desde el dintel de la alcoba, se abalanzó á Córcoles Sierra, gritándole:



Aunque mi pecho atesora
un amor grande y profundo,

el ser á quien mi alma adora,
no se encuentra en este mundo.

Reutinger.

—Toda mi fortuna, si la salva usted.

—Señorita, soy yo médico muy extravagante, muy raro; hay ocasiones en que pongo precio á mis visitas y las hago pagar á peso de oro; hay otras (*po:villo*) en que el infimo valor de un céntimo interrumpiría las relaciones del pecho con el vientre, y no lo digo en términos oficiales para que aprecie usted mejor la idea (*otro polvo de rapé*). Pero hay otras aun, y esta es una, en que no el tesoro de mis clientes, sinó mis pobres ahorros daría porque sanara mi enfermo.

—¿De modo que no hay remedio para la pobre Juana?

—Creo, señorita, que nó, aunque lo pida usted postrada de hinojos y haciendo el sacrificio de todos sus millones de ternura, que son muchos, á la infinita misericordia de Dios.

J. F. Luján.



Combinando el ataque.

Esplugas

Un crítico... y varios críticos

Para Clak

Tiene usted razón y muy sobrada en lo que dice, amigo Clak, en lo que dice en su reciente artículo *Zazá... y otros excesos*, y si pecara de algo, sería por haberse quedado corto y no hacer extensivo á tantos otros, lo que á Bustillo dijera.

¡Usted no sabe los críticos que por acá nos gastamos! ni conoce las *autoridades*, por decirlo así, de ellos. ¡Si viera usted qué despitadas é inservibles en eso de la Mariani y qué manera de disfrazar la verdad!

Cierto es, que la acogida que al principio tuvo en Madrid la insigne actriz, fué algo fría; pero después ¡oh, después! el público, el verdadero público, no el formado por las inteligencias oficiales y á tantas pesetas por artículo, el público sano, el que va á aplaudir el arte allá donde lo encuentra, ha sabido apreciar en su justo valor el trabajo de la Mariani, y acude todas las noches al teatro aplaudiendo las obras que se representan, pues si bien en dos ó tres de ellas se mostró reservada y hasta un poco hostil, no lo ha sido de ningún modo con los artistas, sino con las obras.

El público de Madrid, como el de todas partes, no se deja llevar por las impresiones de otros; tiene que juzgar él y sancionar lo que á su vista presentan: y la compañía italiana, si bien llegó á esta corte muy bien recomendada por públicos ilustrados é inteligentes, necesitaba el *visto bueno* del público de acá, y ese ¡creame usted á mí, amigo Clak! ese, lo ha tenido por completo.

Si por casualidad usted leyó periódicos de esta villa, al siguiente día del *debut* de la compañía italiana, vería con natural extrañeza, la manera como muchos de los críticos de *tanda* habían entendido la comedia *Zazá* ¡Qué bulla en el disparatar! ¡qué horror! Había que ver el escándalo que promovieron los aristarcos: «la comedia era indecente» «nunca se habían dicho y hecho tales atrocidades en el teatro» «que era inmoral». . En resolución, el caos. Pasaba que, francamente, ¡no lo habían entendido!

Tiene usted razón en lo que dice en su artículo; sólo habían visto el primer acto; les había asustado el *deshabillé* de las actrices y las ingenuidades y seducciones de *Zazá* para con Alberto; habían hecho mohines de viejos gruñones ante las escenas del *camerino* y no se habían detenido á observar el alarde de naturalidad y arte que reina en toda la comedia.

Los amores de una actriz de *café-concert* les parecieron impuros, y no preguntaron si aquella actriz, aquella *diseuse*, era mujer con alma enamorada, con sentimientos dignos y con ideas sanas; no sospecharon, que allí, allí mismo y en frases que ellos no entendían, bien á las claras lo decía *Zazá*, lo proclamaba en las escenas del segundo acto que tiene con Simona y con su compañero de *duellos*; ni comprendieron los críticos tampoco la delicadeza del final del tercer acto, ni mucho menos el cuarto ¡qué habían de comprender! De no ser así, no hubieran asegurado que *Zazá* es la querida torpe que quiere llevarse al esposo del hogar legalmente constituido.

Del delicioso y bellissimo cuadro final, no hablemos; seguro estoy que no lo vieron siquiera, por tener que marchar á escape á las respectivas redacciones para hacer la revista y disponer por lo menos de cinco ó seis horas, porque ¡ay, amigo mío! obra que acaba después de la una de la noche, difícilmente puede ser juzgada al día siguiente, por *falta de tiempo*.

¡Y así estamos! Entregados al exclusivismo y á la rutina, incapacitados de romper con un sólo y fuerte golpe, esta cursilería y estrechez de horizonte que tenemos.

¿Crítica? ¡Dios la dé! Esta anda manga por hombro y no tiene enmienda posible; los críticos de verdad, los que por su ilustración y saber pudieran encauzar las corrientes literarias y depurar el gusto artístico, no trabajan. ¿Por qué? no

lo sé, ni he de meterme en cuestiones particulares; pero es el caso, que perecemos en pecadoras manos y que nos ahogamos bajo el poder de Poncio-revistero.

Literatos de prestigio y valía he visto todas las noches en la Comedia; no ha llegado á mis noticias ningún artículo publicado por ellos acerca de la Mariani. ¿Es que no lo merece? Nó, cien veces nó; la presencia de ellos y en consecutivas noches en el teatro lo demuestra, y en sus conversaciones particulares lo declaran: ¿entonces por qué? tal vez por eso mismo, porque sientan desconsuelo al ver el *escalpelo* (!) en manos impuras para empeños semejantes.

Y es que la crítica, es una especie de *Katipunan*, una asociación para el mutuo *bombo*, y los que se hallan fuera de ella, no pueden contar con aplausos ni imparcialidad.

Al representar ahora la Mariani *L'Onore*, tra-



Clown adorable.

ducción de la comedia de Sunderman han debido, los que no conocían el original (confesándolo, como lo confieso yo) encararse con uno de ellos mismos, con el crítico de *la Epoca* el señor Villegas (*Zeda*), y decirle:—«Amigo mío, usted será todo lo literato que quiera, todo lo sabio que se le antoje y hasta todo lo eminente que le parezca; pero ahora que conozco «*El honor*» debo decirle, que, el arreglo de esta comedia que nos ha dado en castellano con el título de *El bajo y el principal*, es un engaño. ¡Usted ha falseado los caracteres, dislocando el modo de ser de los personajes; ha cambiado la tesis, y en una palabra, nos ha falsificado á Sunderman; y eso, señor Zeda, está muy mal hecho: para *enmendar la plana*, como vulgarmente se dice, á un autor de la talla de aquél, hay que ser algo más de lo que usted es; hay que ser una eminencia senci-

llamente, y si nó, no se mete uno á estropear obras ajenas.»

Pues no, señor, nada de eso han dicho ¡es un individuo de la liga y hay que respetarle aunque se ahogue Sunderman!

¡Ay, amigo Clak! No haga usted caso ni á Bustillo, ni á ninguno de ellos. Cuando quiera saber la verdad de lo que aquí pase, pregúnteselo á cualquier amigo de los que aquí tenga; él le dirá la verdad, no le citará á Aristófanes, ni el pseudo modernismo, ni otra porción de zarandajas; pero no le engañará á sabiendas.

Y respecto de la cuestión principal, conste que aquí, en Madrid, la Mariani y sus compañeros gustan mucho, reconociéndolos el público como verdaderos artistas.

AGUSTÍN R. BONNAT

Madrid, Mayo.



Si no te sujeto... mides el suelo.

Rasgueos

Bendijo Dios á un lucero
porque quiso á una estrellita,
y nacieron al casarse
los ojos de mi chiquilla...

Anda y dile al sacristán
que no toque las campanas,
por que está enferma mi madre
y sus sonidos la espantan. .

En un cantar te diré
la más antigua canción:
—¿Eres rico? - Pues te aprecian.
—¿Eres pobre?— Pues ya no...

MORENO

¡ESOL

—«No me quieres»—la dije con enfado,
—«no me quieres mujer, á quien rendido,
»en tus redes prendido
»con loco afán el corazón he dado.
»¿Y cómo hube soñado,
»la experiencia teniendo en el olvido,
»con dulce, embellecido
»mundo ideal por el amor forjado?»
«No me quieres, mujer»... mas presurosa,
con fácil embeleso,
sentida y amorosa
en mis ojos dejé candente beso;
á mis oídos acercó la rosa
de sus labios, y dijo, dijo... ¡eso!



— «El rigor será, dije *entre mi*, que este badulaque hará las cuentas del gran capitán con el cambio.» Fuése, dando matraca á la moneda en sus dedos. Inquirió el huésped si en almorzando nos tenderíamos boca arriba al sol en el huerto, si al atardecer comeríamos en el merendero, donde hubiera calañeses, mantones, coletas y pan y toros, con ¡oles! de añadidura; y si por la noche iríamos al baile de candil muy embozados en la capa y con estoques y pistolas. Lleguéme á él y le tenté para cerciorarme de que estaba vivo y no era una especie de fósil ó un ánima en pena que hubiera entrado en el purgatorio durante el reinado de nuestro señor Felipe; ¡conjuréle por Dios vivo á que me declarara palabra de verdad si estaba muerto y que si necesitaba misas se las mandaría decir, pero que no me atormentase. Dijo riéndose:

—Ya vengo advertido de que son ustedes muy guasones.

En estas volvió el barbero con una gran cesta que contenía media docena de botellas de Rioja, tinto, y con una guitarra; el francés se puso á palmotear como si se volviese loco. El figaro aseguró que con el descuento de la moneda había tenido que añadir diez pesetas de su peculio, oyendo lo cual creí que se me acababan los ánimos y desfallecía. El francés sacó otro luis y lo dió recomendando al ladrón que se quedara con la vuelta, y destapando uno de los frascos maravillóse de que no fuese blanco ú oro el líquido: el barbero salió pronto del apuro afirmando:

—Zeñor, como tienen las botellas *toito er día al zol*, el vino ze ha *requemao* y za vuelto negro.

Yo por desprestigiarle imaginé callar, pero no quise hacerme cómplice y llevar la burla adelante, y así dije al francés cuanto supe para desengañarlo, haciéndole testimonio de que venía equivocado á mi patria, y que ésta era tan culta como cualquier otra nación europea. Dejéme frío diciendo á la vez que apuraba un enorme vaso del Rioja:

—Encantado, *zieur*, encantado: Usted no sabe las costumbres españolas.

CLAK.

De la extraña aventura

que tuve con un francés

El otro día recibí una carta y una visita. La carta era recomendándome á un señor del Bearne, y la visita la del recomendado, quien se me presentó con guantes violeta, de frac y luciendo el correspondiente monóculo.

Pillóme en zapatillas, en mangas de camisa y llevando con paciencia las raspaduras del barbero y su charla insustancial. Pedile excusa y él replicó que no había delito:

—Encantado, *zieur*, encantado de la *bonhomie*. Vengo á aprender costumbres españolas.

Hícele sentar y el rapabarbas trabó pali-que con el caballero, que fué como trabar rosarios y letanías de estupideces. Ofrecióle sus servicios y su conversación, y que si no le tomaba á desaire, le ilustraría. El francés le encargó que le comprara y le trajera una faja y un puñal de Toledo. Yo le dije si estaba desrionado y si tenía enemistad ó pendencia con algún chulo. Replicó él:

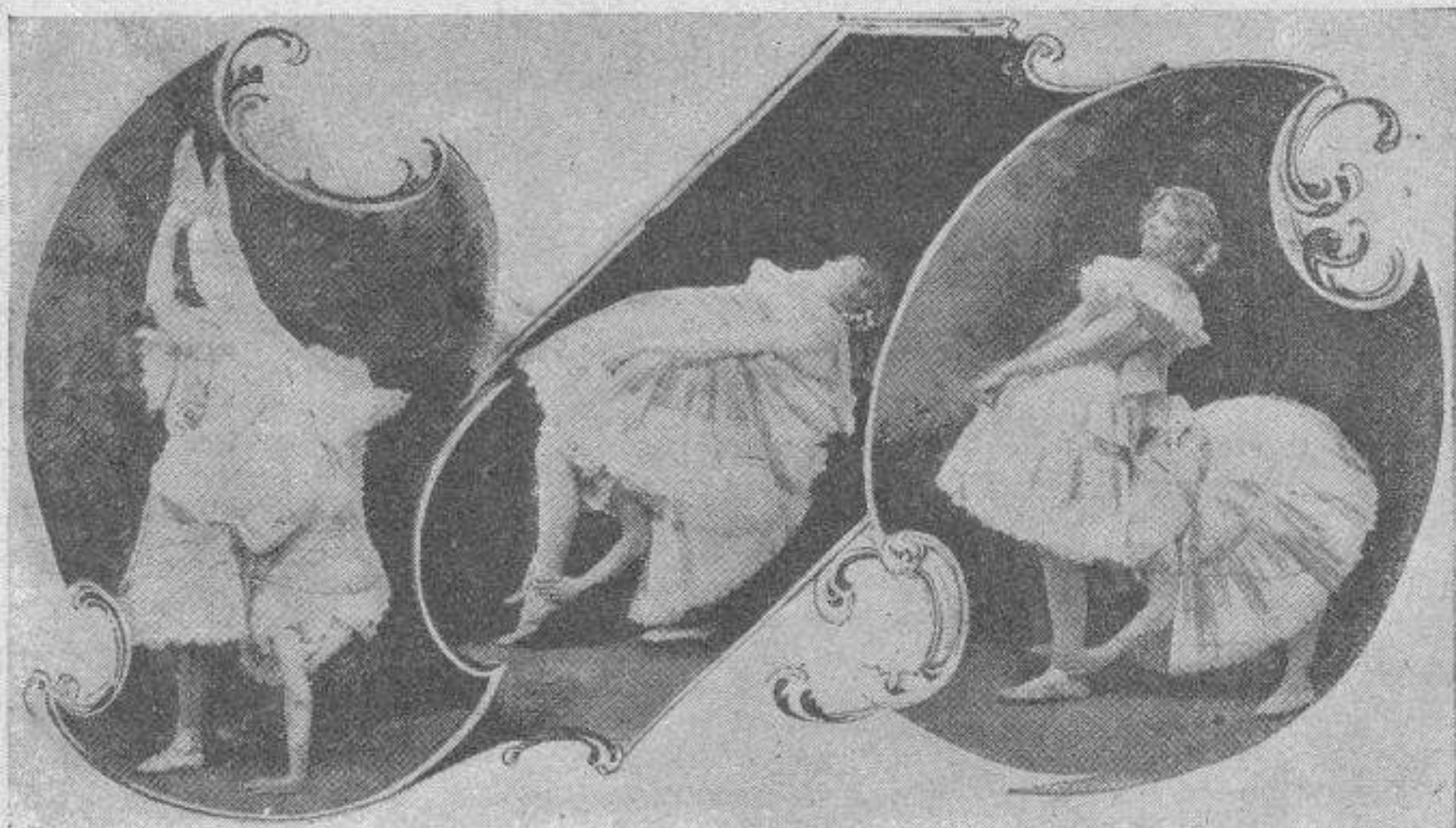
—Nó, sinó que quiero hacer lo que hacen en la tierra.

Oyendo esto sospeché qué clase de huésped se metía en mi casa. Encarecíle que lo más práctico era usar navaja de Albacete, de las que traen esta inscripción en la lengua: —¡Viva mi dueño! Pidióme que le enseñara la mía con deseos de adquirir otra igual. Repuse que yo no gastaba, por no gastar en este manejo peligroso ni aun cortaplumas, sinó roten.

—Encantado *zieur*, encantado; usted no es español de la península.

—¿Cómo que nó? de la tierra de los melones.

Mosiu soltó la carcajada celebrando las respuesta y advirtiéndome que ya sabía él cuan chistosos éramos y cómo nos sobraba el buen humor, ya que no nos sobraba otra cosa en el bolsillo. Preguntó si bebíamos manzanilla antes de almorzar, y el barbero que era andaluz, replicó que en siendo de la legítima de Sanlúcar, de salud servía á todas horas. Sacó el bearnés un luis y lo dió al figaro, recomendándole que adquiriese las botellas de rigor.



Intimas

Nos miramos, nos reímos,
tu tez el carmín tiñó,
suspiraste, te di un beso:
eso niña, eso es amor.

Tanto he llorado que á fe,
estoy de llorar cansado,
y ahora me río por que
las lágrimas he agotado.

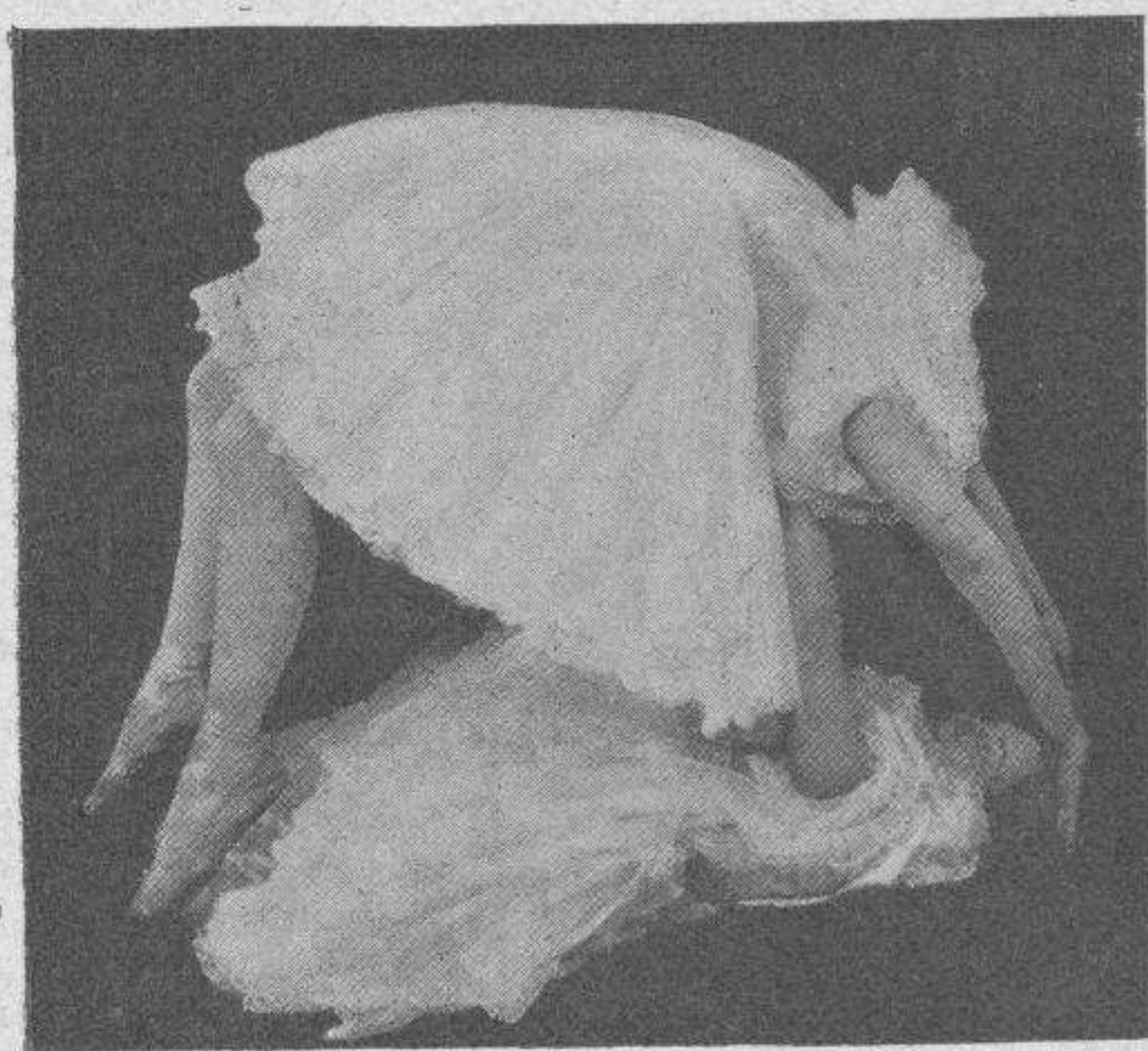
Una tarde me hablaste con los ojos
y al punto te mostré mi corazón:
¡mira tú si apreciar podrá el gusano
todo el valor del soll!

«No sé qué pena mi ánimo conturba
«al salir por la noche de su choza:
«¿por qué amarga el recuerdo de sus mimos?»
Es que te dice la conciencia: ¡hipócrita!

No es posible que me hayas olvidado
ni me dejes jamas de recordar,
cuando otro hombre te diga que te adora
compara ambos amores con afán;
¡es posible que al leer en nuestras almas
no sepas tú llorar!

Y si como yo otro hombre, hermosa mía,
al verte siente el corazón latir,
no le des como á mí dulce esperanza,
¡no le ames como me has amado á mí!

JORGE RICO



Recuerdos de una noche

Habló un rato con ella,
se despidió, se entró por el postigo,
le juró eterno amor á la doncella
de las zarzas y flores al abrigo,
ósculo aquí y allá sella que sella.

Salió la luna al fin, con luz brillante,
dibujando en el suelo un sér moviente
que, con espada en mano y voz rugiente,
acercóse á la dama y al amante.

Después de aquello, vino la mañana,
los pájaros cantaron...
y si vale verdad, ya tengo gana
de saber cómo el lance terminaron.

LUIS E. LOPEZ DE HARO



Golondrinas

Esas que ves ligeras golondrinas
rebosando de amores,
nos traen, con la fresca primavera,
mil olorosas flores;
y en sus píos de rítmica armonía
nos dicen sin cesar,
que la vida no es nada si dos almas
no se llegan á amar.

Eso cantaba yo cuando venía
tu belleza á admirar,
y á tus plantas alegre y amoroso,
decía: ¡amar, amar!
entonces yo en tu pecho colocaba
una aromosa flor,
y oía que tu aliento respirando,
decía: ¡amor, amor!

Y al dormitar bajo los frescos tilos
posada en mi regazo,
tu ledó labio me lanzaba un beso,
yo, te daba un abrazo.

JAIME PALOU



...¡Qué de tristes reflexiones cruzaron por su mente! ¡ah! el ingrato no había vuelto á consolarla. Aquel amor mentido con imágenes tan risueñas y encantadoras; la ternura que brotaba de sus labios en palabras tan suaves, tan bellas, tan santas, símbolos de pensamientos que sólo parecían reflejar de un corazón grande y generoso; las protestas de cariño que hicieron temblar de gozo y de embriaguez las pupilas de la pobre virgen, estremeciendo voluptuosa, pero castamente su cuerpecito: todo... todo se había disipado, como esas gasas de ópalo que el sol tiñe mortecino en su ocaso, á impulsos de una ráfaga impetuosa que viene del mar arrastrando nubes negras y horribles. Y al fin ella ¿qué importaba? ¡pero abandonar cruelmente al hijito idolatrado; privar de nombre y de cariño á un ser sin culpa, tan bello,

tan gracioso en sus sonrisas, tan encantador en sus travesuras; él, sangre de su sangre, tan viva imagen de su rostro! ¡Ah! si no tenía perdón de Dios, nó, no lo tenía. — Y abismaba la cabeza entre las manos, confundiendo en emarguísimos sollozos.

Carmen había pasado muchas noches así sola, velando y llorando al pie de la cuna de su pequeño. Sus mejillas habían languidecido en los insomnios, su frente aparecía velada por una sombra de tristeza; pero su semblante moreno, armónico en el conjunto, era aún simpático y bello; era una flor que secaba lentamente en su tallo la juventud. Había amado con pasión y locura á un hombre; le había hecho su dueño, porque le creía digno; le había hecho dueño absoluto, y sin reserva, de su corazón, que es lo último, que

entrega la mujer cuando ama. El corazón de la mujer es uno de esos tesoros que no tienen precio, porque es inconmensurable como lo infinito; es una nota del cielo que desmaya voluptuosamente, pero sin extinguirse, en la cuerda vibrante: por eso la mujer se levanta mejor que el hombre del lodazal á lo heroico, á lo sublime; se regenera; se hace estimar y amar después de haber sido vulnerada: por su corazón que es como una perla que, libre del cieno que la encubría, vuelve á irisar sus brillantes facetas á los rayos del sol que bajan á besarla. Que la mujer, colocada en la pendiente del vicio, llega hasta el fin porque no sabe detenerse, es falso; el hombre, la sociedad la impulsan con sus sarcasmos, su egoísmo... y su torpeza.

Carmen, la niña inocente de quince abriles, la pura, candorosa virgen, cuya imaginación febril y ardiente despertaba al son de traidoras cantinelas, tuvo la desgracia de encontrar á un cínico en su camino. Un cínico, sí, porque nada se presentaba á los ojos de la infeliz tan ennoblecido, tan elevado, tan majestuoso como el pensamiento y el alma de su Rafael. ¡Ah! qué hombre



— No sé como están tan frescas
las rosas que llevo yo,

si arde dentro de mi pecho
un volcán devorador.

tan miserable: disipó con inmundo soplo el aroma de virginidad y de pureza que se exhalaba del pecho de la pobre niña; puso en sus ojos las visiones angélicas de un cielo de paz y de ventura, y después... después la dejó caer, desvanecida la nube de ilusiones que le hacía flotar en voluptuoso vuelo, en una rosa erizada de espinas que traspasaron, llegando al corazón, la delicada carne de su cuerpecito. Rosa linda era el pobre hijo de sus entrañas que, si por una parte acibaró su martirio, fué causa á que no se dejara morir de desesperación y pena.

Carmen sufría y amaba aún; amaría siempre á su Rafael porque, al abandonarla, no le había devuelto su corazón; le amaría además en su hijo, tan risueño, tan hermoso. ¡Ah! ¡si él supiera cómo se le parece! Y este amor constante, como el dolor de su alma, eran tanto de estimar cuanto que, huérfana y rica, no se vió expuesta al hambre, á la desnudez, ni siquiera al ludibrio, por consecuencia del abandono. Podía olvidar y soñar de nuevo en venturas, en horas de tranquilidad y calma por lo menos; pero ella no pensaba, no quería pensar en ningún hombre; no había sido la amante, sinó la esposa de Rafael: unión del alma bendita, no por las leyes ó los hombres, pero sí por Dios: flotaba aún un nimbo de candor y pureza sobre su cabecita.

Las manecillas de acero resbalaban á compasadamente por la esfera del reloj, señalando las cinco de la madrugada. Un golpe insólito, dado en la puerta, hizo levantar el rostro á Carmen que permanecía sollozando; corrió á la cunita de su hijo, como si el amor maternal presintiese una desgracia, y le besó con ternura. Volvieron á llamar estrepitosamente, dejándose oír brusco juramento. «¡Es él!» articuló Carmen, llevando las manos á su frente, y apresuróse á abrir la puerta. Un hombre se introdujo en la estancia, tambaleándose y gesticulando; miró un momento á la pobre niña que le había seguido febril de anhelo, y sentóse en un sillón, apoyando un brazo en elegante y maqueada mesillita de ébano. Carmen, de pie al lado suyo, acariciaba con sus manos suaves y finas el cabello de Rafael que, caluroso sin duda, había arrojado su sombrero sobre el alfombrado piso de la sala.

—¡Ah! vienes á verme, le decía, me amas, Rafael mío, cuando yo pensaba que ni aun el recuerdo de esta mujer, que adora en tí, existía en tu mente: ¡qué mal he hecho en dudar! perdóname, bien de mi alma.

—Todas lo mismo, blasfemó Rafael rechazando la mano de la niña que resbalaba cariñosa por su rostro; falaces y ruines.



— ¡Jesús, qué cargante! Acabaré por no abrocharlo nunca.

— No te apures mujer, más trabajo cuestan otras cosas y se consiguen.

Carmen se llevó las manos á la cabeza: había sentido una punzada aguda en las sienes, pero serenóse y añadió tímida y encantadora:

—Bien, sí; qué egoísta soy; vienes por tu hijo, el dulce hijito nuestro. Mírale, ¡con qué placidez reposa! es tu misma cara, tú mismo.

—¡Cuerpo de Dios! gritó aquel hombre levantándose impetuoso ¡mi hijo esa criatura del diablo! ¡él, hijo mío cuando vengo á destrozarle, porque me prueba la veleidad, la falacia de su madre! ¡éll!...

Y rió con híbrida carcajada.

¡Ah, pobrecita mujer! Apretó con sus manos el corazón que se estremecía cruelmente en el pecho y corrió á abrazarse á su hijito que se había despertado y miraba con espanto la desencajada faz de aquella fiera abominable.

Un joven presenciaba la escena desde el umbral de la puerta que olvidó cerrar Carmen al introducirse Rafael en la estancia.

—Eres un canalla, Rafael, eres un miserable, dijo.

El aludido volvió el rostro mirando fijamente al joven y cruzóse de brazos.

—¡Caballero! exclamó Carmen, irguiendo la cabeza con dignidad y altivez.

—¡Cómo! ¿le defiende usted, señora?

Este apóstrofe le hizo el mismo afecto que si Rafael hubiese repetido sus frases anteriores; sintió un relámpago de ira que pasaba por sus ojos, deslumbrándola; iba á desatarse en denuestos, á maldecirle; pero estrechó á la inocente criatura sobre su pecho y murmuró sollozando: «Nó, nó; ¡es el padre de mi hijo!»

¡Oh! qué monstruo, añadió el desconocido; sale ebrio de una orgía, atropella la virtud de una inocente y corre á saciar su instinto, destrozando el corazón de una madre, víctima también de su lujuria. Mírame, Rafael, ¿no me conoces?

—Sí, dijo éste con cínica insolencia, eres el hermano de Rosalía: bella, muy bella criatura, por cierto.

Tan provocador insulto enardeció la sangre del ofendido que, en un arrebató de cólera, empuñó

mortal arma de fuego y apuntó Carmen dejó escapar un grito terrible que le salió del alma y se interpuso entre los dos hombres, resguardando con su cuerpo á Rafael, á quien los vapores del vino no dejaban serenidad de ánimo para apreciar la gravedad de la escena.

—Huye, Rafael, dijo Carmen.

Salió el tiro y su cuerpo cayó pesadamente, bañado en sangre sobre el pavimento. Todo fué instantáneo, sin que el matador pudiera evitar la catástrofe.

—«¡Mi hijo... mi hijo! balbuceó la moribunda retorciéndose en la agonía. Rafael, te perdono.»—Y quedó inmóvil, rígida. El niño yacía sin sentido en el suelo, por el golpe que recibió en la cabeza al desprenderse de los brazos de su madre; el desconocido cogióle en brazos, arrodillándose y sollozando ante la difunta. En cuanto á Rafael había dado también en el suelo, donde empezó á dormir brutalmente la borrachera.

ELIS MOZART



Paje delicioso.

Primavera

¡Llegó la Primavera! Tiempo hermoso en que el activo labrador empieza á recibir el premio á sus afanes viendo multiplicadas las semillas. La estación de las flores y los frutos; la que oreando va pausadamente la esbelta mies, de granos amarillos, que irá á dorar las eras en Agosto; la gallarda; la más joven y bella de cuantas estaciones tiene el año.

¡Hermosa Primavera! Ya no empaña el azul del grandioso firmamento la más ligera nube; ya no hay sombras, que agobian el espíritu; ya todo respira bienestar...

Mirad que plácido es aspirar las brisas matinales que dan salud á los cansados cuerpos y les hacen venir á nueva vida; mirad como la sangre se remueva y adquiere el hombre poderosos bríos para seguir luchando con denuedo.

La Tierra como linda enamorada se engalana mostrando placentera su vestido mejor; canción de Vida entonan los poetas anhelando sér, de todas las gentes, comprendidos. En los brazos debemos arrojarnos de la Diosa Abundancia, que nos brinda con sus mejores frutos.

Caminemos con paso decidido los que juntos entonando canciones al trabajo regamos con sudor de nuestras frentes el campo de la Vida. La cosecha está próxima ya. Sed vigilantes para que la cigarra no aproveche nuestro fruto mejor. Que nadie toque el codiciado grano, si con bríos no maneja la bienhechora azada.

Seamos egoístas. Si nosotros rendimos trabajando nuestros cuerpos sólo á nosotros toca la cosecha recoger entre cánticos de triunfo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

A San Isidro

No tiemblen ustedes. Jamás me ha dado por la poesía, sin duda porque como tengo buen olfato presentí desde chiquitín que, cuatro niños góticos acordarían con el tiempo que la forma poética está llamada á desaparecer, y que es cursi escribir versos á la novia y obras dramáticas en verso, aunque se llamen *La vida es sueño*, *don Juan Tenorio* ó *En el puño de la espada*. Y como no me ha dado el naipe por la poesía, el epígrafe que encabeza estos *bien pergañados* renglones, no es el de una composición en octosílabos, endecasílabos ni sílabos de ninguna clase, de esas que suelen empezar así:

«¡Oh! ¡San Isidro glorioso
patrón de los labradores!»

O bien, si el vate es aficionado al hipérbaton:

«¡Oh! ¡Glorioso San Isidro,
de labradores patrono!»

Y siguen piropeando al santo y concluyen pidiéndole que llueva, que haga sol, que el trigo se venda caro y el pan esté barato, y otra porción de menudencias por el mismo estilo.

Me propongo única y exclusivamente poner en el superior conocimiento de los lectores que el año pasado, por estos tiempos, tuve necesidad de ir á la villa y corte, y como no andaba muy sobrado de metales, cosa que sólo me ocurre siete días á la semana, aproveché los trenes baratos

que se destinan al transporte de los romeros sin robledos; es decir, de los que van á Madrid á tomar parte en las *juergas* más ó menos pacíficas, (casi siempre menos), que se encuentran con el nombre de romería á San Isidro.

Llegué á la estación momentos antes de que partiera el tren; tomé el billete con apresuramiento; penetré corriendo en el andén para no quedarme compuesto y sin novia; uno de los mozos, al verme correr y al oír el silbato de la locomotora, tuvo la amabilidad de abrir una portezuela de un departamento de segunda, comprendiendo que yo no tenía cara de viajar en primera; y de un empujón no tan amable como la apertura de la portezuela, me lanzó al interior, cerró... y el tren se puso en movimiento.

Perdí el equilibrio y al caer experimenté una agradable sensación de blandura; pero un segundo después me levanté lanzando un grito de dolor al sentirme mordido en sitio todavía más blando.

Volví y me encontré frente á frente de una jamona que me miraba con ojos de basilisco.

—¡Señora!... —exclamé, sin saber si pedirle perdón por mi involuntaria torpeza ó exigirle cuentas del atentado á la integridad de mi individuo.

—¡Animal! — contestó con iracundo acento. — ¡Por poco aplasta usted á mi pobre Querubín!

Querubín era un perruelo de aguas más feo que su dueña, (la cual disfrutaba un bigote que hubiera envidiado un cabo de carabineros) y al que había metido de contrabando en el vagón, para

no separarse un momento de él... y para ahorrarse el importe del billete de perrera.

El animalito había sido el autor de la gracia, que á mí no me había hecho ninguna, y al comprenderlo me tranquilicé.

Esto podrá parecer un contra sentido, pero yo soy así.

Encuentro natural ser mordido por un perro. En cambio no me consolaría nunca de que me mordiese una jamona, á menos de que se tratara de mi propia suegra.

Me decidí á murmurar un:

— Usted dispense.

Y miré en torno mío buscando sitio.

Por desgracia todos estaban ocupados.

Junto á la jamona, que llevaba asiento y medio, había una pareja, sin duda de recién casados, que tenía bastante con el otro medio.

El cuarto turno del lado aquel lo ocupaba un payés que miraba maliciosamente á sus acaramelados ve-



Cuento chistoso.

cinos, y en el lado opuesto había un matrimonio de edad madura, con tres niños que se apretaban en el estrecho espacio que sus padres les dejaban libre.

Sobre las cabezas y á los pies de todos ostentábase una multitud de bultos: maletas, sombrereras, lios de ropa, cestos de merienda y hasta una jaula con una cotorra.

Era imposible no sólo sentarse, sino ni aun dar un paso.

Al entrar yo había puesto mis pecadores pies sobre una caja de cartón que contenía algunos juguetes de las criaturas, las cuales, cuando advirtieron el estropicio, rompieron á llorar como becerros, mientras sus padres me colmaban de bendiciones, los recién casados me lanzaban miradas de disgusto y el payés tronaba contra la empresa que convertía los coches de viajeros en furgones de mercancías.

Me apresuré á dar á todos mil satisfacciones, les prometí cambiar de coche en la estación inmediata y se restableció la calma.

Cuando paró el tren traté de cumplir mi promesa y recorrí todos los vagones. ¡Trabajo inútil! No había ni un asiento vacío.

Acudí al jefe de estación y le conté lo que me pasaba.

—¿Dónde ha venido usted? — me dijo.

—En ese departamento, pero en pie, porque no hay sitio...

—Ni yo puedo fabricarlo... Vamos á ver...

Y se encaminó al mismo departamento del mismísimo vagón en que fui introducido al emprender el viaje.

Lanzó una ojeada al interior y encarándose con el matrimonio maduro preguntó:

—¿Cuántos billetes pagan esos niños?

—Estos dos, medio...

—¿Y ese otro?

—¿Cuál?—preguntó el padre haciendo como que no comprendía.

—Ese que parece un mono verde y que está metiéndose los dedos en las narices, — repuso el jefe de mal humor.

—Pues... ¿no ve usted que no tiene tres años?

—Es verdad: lo menos tiene cinco... ¿De modo que no lleva billete?

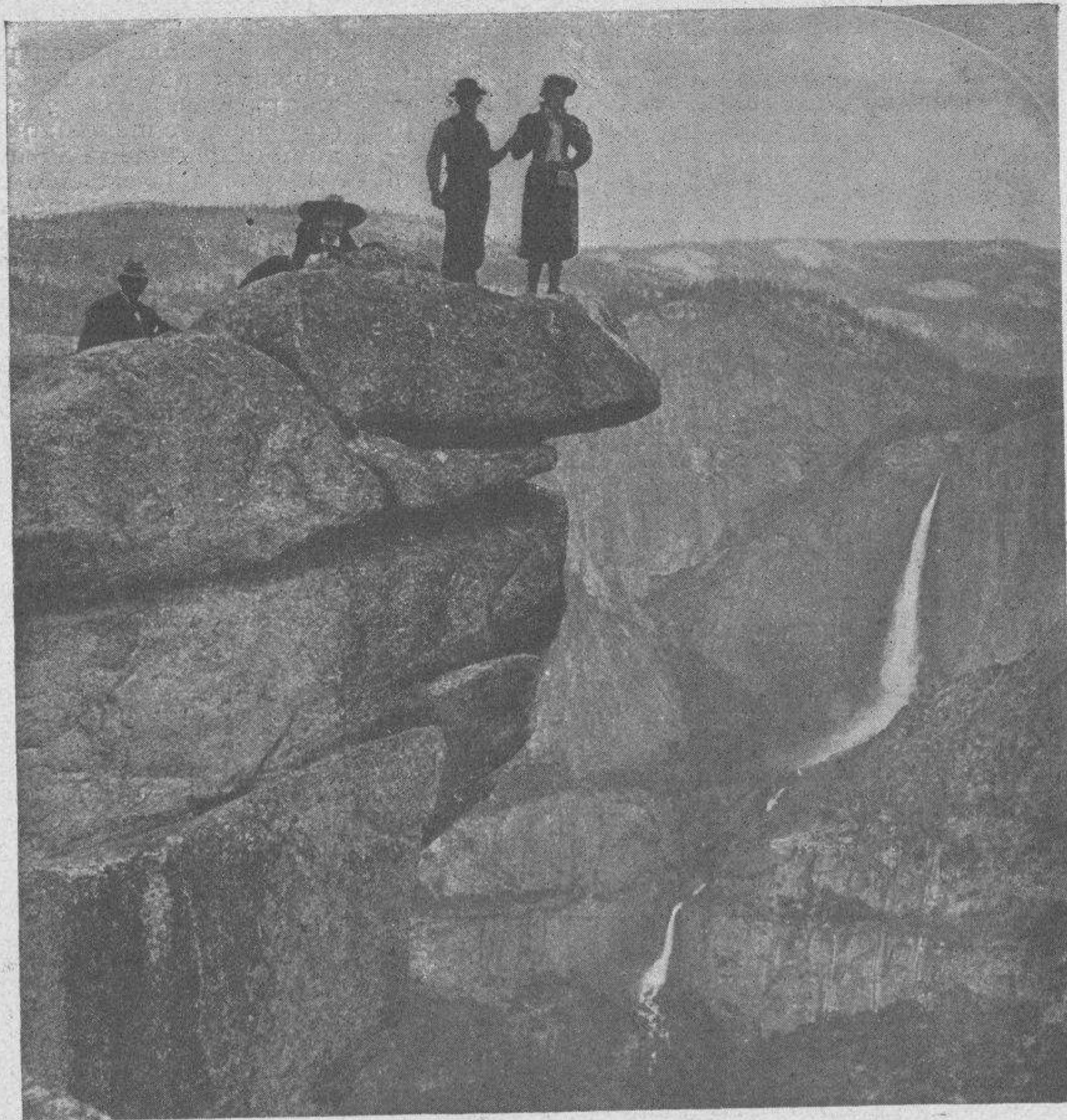
—Nó, señor.

—Pues cójanlo ustedes en brazos... Y esos otros dos que sólo ocupen un asiento... Ya tiene usted donde sentarse, — dijo el jefe, dirigiéndose á mí.

—Pero... — comenzó á decir el padre.

—¡Silencio! O bajan todos ustedes hasta que los chicos y los grandes paguen lo que les corresponde.

Esta amenaza obligó al matrimonio á deponer



CALIFORNIA. — La Punta Glacial.

su actitud hostil y bien que refunfuñando, cogió cada cariñoso papá á uno de los vástagos y me hicieron el sitio estrictamente necesario... para no poder ni sonarme, si se me ocurría.

El tren reanudó su marcha y aunque yo he sido siempre partidario del progreso, no pude menos de pensar con envidia en lo felices que fueron aquellos de mis antepasados que no contaron entre los tormentos inquisitoriales el de un viaje de veintiséis ó ventiocho horas en tren botijo, y en las condiciones en que yo estaba efectuando el mío.

Los desgraciados metidos en aquel estrecho espacio, nos mirábamos con rabia, y es seguro que si no nos mordíamos, imitando la conducta que conmigo había observado Querubín, no era por falta de ganas.

Pero aquello tenía que acabar mal.

El payés, atrevido de suyo ó hastiado del amartelamiento de los recién casados, comenzó á correr la pierna y á pisar el pie á la amante esposa que al principio se puso pálida, luego colorada y por fin dijo algo al oído de su cónyuge.

Entretanto una de las criaturas, á la cual tenía en la falda la mamá madura, iba poniéndome no uno, sino ambos pies en la barriga y bailando un zapateado que me producía tan gratas sensaciones que por primera vez en mi vida deploré no ser contemporáneo de Herodes y vecino de Belén.

El marido joven, al enterarse por su esposa de lo que á esta acontecía, montó en cólera y sin encomendarse á Dios ni al diablo, pegó una bofetada al payés que se apresuró á devolverle la caricia.

Todos nos pusimos en pie, menos la jamona que creyó oportuno desmayarse.

La esposa joven gritaba y se *mecia* los cabellos, como describe un literato que yo conozco; la esposa vieja pedía socorro y contenía á su esposo para que no se lo estropearan al ir á separar á los contendientes; los caiquillos berreaban como perros y el perro ladraba más fuerte que los chiquillos; la jaula de la cotorra cayó de la red y fué á dar sobre la cabeza de la jamona que volvió en sí del golpe, porque las jamonas todo suelen hacerlo al revés; yo contemplaba impasible el espectáculo, riéndome para mis adentros... y en esto saltó y vino el revisor de billetes.

Querubín, á quien aquella escena había puesto de un humor de perros, se lanzó airado contra el revisor que, menos paciente que yo, lo cogió del

rabo y lo tiró por la ventanilla; la jamona volvió á desmayarse lanzando un lastimero quejido; los contendientes, cansados de golpearse, se separaron, el uno con un ojo estropeado, el otro con el labio inferior partido en dos y no por gala; paró el tren; acudió la pareja de la guardia civil... y todos fuimos á parar á la cárcel de Zaragoza, donde acabábamos de llegar.

Hasta cuarenta y ocho horas después no pude reanudar el viaje...

Y ahora ustedes son muy dueños de ir á la romería en tren botijo.

En cuanto á mí ¡cualquiera me hace volver á San Isidro como no sea en exprés y en el *sleeping-car!*

¡Todavía me acuerdo al sentarme de la cariñosa acogida que me hizo Querubín!

BLAS QUITO

Raspaduras

No es plato succulento eso de las raspaduras, pero á falta de otro mejor tendremos que contentarnos con él, haciéndonos la ilusión de que son de queso y aprovechables por consiguiente, para aderezar macarrones á la italiana, manjar exquisito para los españoles que tarde ó temprano hemos de acabar en INI.

Difícilmente, podrá encontrarse algo de importancia por esa prensa de Dios, llena de insulseces dichas por los más conspicuos personajes del

mundo. Donde menos se piensa, salta un Pero Grullo hermoso y flamante, capaz de quitar la fama al auténtico.

Mac-kinley, ese Napoleón del *género chico*, se entretiene ahora en profetizar y bien sabe Dios que lo hace á las mil maravillas, haciéndose acreedor á la oreja del mayor cerdo que haya existido.

Con acento verdaderamente evangélico, decía el otro día, que se sentía con fuerzas para terminar la guerra con los tagalos en 48 horas, si estos

deponían las armas. Y tanto trabajo debió costarle dar con verdad tan profunda; que el pobre hombre se encuentra á estas fechas, si entrega la pellica ó no. Esto me trae muy preocupado, y sentiría mucho que Mac-kinley, que demuestra tener un cráneo de primera, con privilegio y todo, se desgraciara por un exceso de intelectualismo.

* * *

Algo de capa caída va la sin igual Francia, cerebro del mundo en otro tiempo, y hoy centro de petulantes Narcisos y de... algo más, que me callo por no ofender orejas delicadas.

Están á nuestra misma altura, con la diferencia de que acabarán en INI antes que nosotros.

Fíjense ustedes si nó, en el modo de hacer reglamentos que se traen nuestros cultos vecinos.

Uno reciente (de Correos), prohíbe terminantemente á los empleados: 1.º leer las tarjetas postales; 2.º dar circulación á las que contengan injurias.

El que hizo el tal reglamento, se ha puesto á la altura de cualquier privilegiado de primera línea.

La segunda disposición será muy hermosa, pero su cumplimiento implica el incumplimiento de la primera.

Y para esta tontería, habrá pasado la comisión encargada de hacer el reglamento, algunas noches de claro en claro.

Esta corre parejas con el Napoleoncillo chico.

Son raspaduras de menor cuantía.

Creo que para muestra basta.

Ya puede Silvela aprovechando estos antecedentes, buscar un profeta como Mac-kinley, y unos privilegiados como los del reglamento.

Y ya pueden ustedes, respetables lectores, huir de toda ocasión en que pueda reputárseles de aventajados.

Si nó, cuando vengan á preguntar por el sentido común, habrá que contestar con el chino.

—*Tiene, señolia, pelo no hay.*

ARMANDO BRONCAS



¡Vaya, y qué guasones!

La sociedad ANTICHS GUERRERS no pierde su buen humor, cuando tantos motivos tenemos todos para que se nos lleven los demonios (no aludo á los florentinos, á los góticos ni á las lechuzas). Pero no le basta con eso, y convoca á toda la gente que conserve un átomo, siquiera un átomo de tan precioso elixir (el buen humor) para que preste concurso á la exposición humorística de Artes é Industrias, que podrá ser visitada en su local los lunes, miércoles, jueves y sábados de 9 á 11 de la noche, desde el 27 de Julio al 8 de Septiembre.

Las condiciones son tan guasonas como los socios:

El jurado admitirá objetos que sean, por ejemplo: Dibujo y pintura de todas clases (*de todas clases ¡ay! hasta las del ilustre pintor Coq, que tiene legión de émulos*); escultura (*tratándose de bocetos, con dirigirse á los noveles diputados tienen los artistas materia inagotable, y hasta yeso, en el buen sentido de la palabra*); proyectos de arquitectura (*¿para regalárselos al Municipio?*); metales (*¿para el gobierno?*); cerámica, madera, indumentaria retrospectiva, (*¿para sagasta ó para Durán y Bés?*); tapicería, (*¿para don Carlos?*); planes de educación y de enseñanza (*¡qué lastima que haya dimitido el ministro de fomento del gabinete liberal, aunque es claro que el presente le hará puntas, y no estará menos necesitado de ayuda*); marina, instrumentos (*¿instrumentos? ó como reza el refrán, muerto el burro la cebada al rabo*); mecánica (*la agradecerá Silvela para seguir demostrando que no es un Cánovas vuelto del revés*); agricultura, química y... trabajos de

paciencia (*tres cosas que convienen al pueblo español como á ciertos pacientes las cantáridas*).

Traduzco mal adrede eso de los trabajos de paciencia; la frase es gráfica, y no quiero que se evapore el perfume. Aunque á los antichs les parece que eso de los trabajos y lo otro de la paciencia «no sirve para nada útil.» Con paciencia todo se alcanza, como dijo el padre Claret.

Los que estén de buen humor y quieran contribuir á este certamen pueden hacerlo echando mano de todas las antigüedades que tengan en casa; hasta lavativas inservibles que pueden aplicarse á muchos regeneradores, y á otros que lo han sido, faltos de fe, lo que dura un relámpago. Objetos nuevos se admiten, lo que se me figura es que no los tiene ya ningún ciudadano. En estilo modernista habrá cosecha superior; pero he de hacer presente que los guasones cuanto «antichs guerrers» no se muerden la lengua y ponen una nota que dice; «debe acompañarse á todo objeto la explicación correspondiente, tanto por lo que representa como por todas las aplicaciones que puede obtener.» Tengo para mí que la nota es luminosa; pues yo me he tropezado con un modernista á quien dije:—¿y esto qué significa?—¿No lo comprende usted?—Yo no, y por eso lo pregunto,—Pues yo tampoco.» Ahora bien: como á Macterlinck le ocurre lo mismo, entiendo que la característica del modernismo consiste en que no entiendan la obra ni el autor ni los observadores. Si los «antichs» se salen con la suya ¡un cuerno! no hay modernistas posibles en la exposición. ¡Lástima que dejen este callejón á los tales! Las obras pueden presentarse anónimas.

(Y advierto á los artistas, que no confundo).

Entre los varios premios figura un diploma de buen humor á quien presente algo que haga reír más que otra cosa alguna á la concurrencia. No hay más que una, y no digo cual para que no salten ustedes, que me paso de listo y de gracioso.

Lo que no me parece práctico es que exijan un perro gordo por catálogo. ¿Quién va á tener perros gordos ni flacos este verano? Ni el gran turco.

Se me afigura que si yo presento la moneda respectiva tendrán que premiarme, por lo que ofrezca de legendaria en mis bolsillos.

Ustedes lo han de ver. Ya me dirán si les luce gran cosa el monedero y si se salen con la suya los antichs.

Por la paráfrasis
C. UGENA



Paisaje japonés



Si después de tanto aguardarle no viene, ¡me he lucido!

MISCELANEA

En 1703 quedaron abolidos en Francia todos los privilegios y servidumbres. En su virtud un negro en nombre Zimeo, tuvo que dirigir una petición á la Convención y firmó al pie: ZIMEO, *ex negro*.

La emperatriz María Teresa encargaba un día al príncipe de Kaunitz que no ascendiese á los oficiales subalternos libertinos.—¡Ay señoral contestó el Príncipe, si vuestro augusto padre hubiese pensado del mismo modo, yo sería todavía alférez.

Un escribano muy devoto no quería acostarse sin rezar á muchos santos; pero teniendo pereza para hacerlo como debía, echaba su *Padre nuestro* su *Ave Maria* y su *gloria patri* al primero, y se despachaba con los demás por medio de un *idem. idem*.

Un estudiante que nunca notas buenas alcanzó aburrido ya, meterse á torero decidió, y en la primera corrida el toro lo *suspendió*.

El picador Juan Melones bebe tantísimo vino, que es muy raro el día en que no está borracho perdido. Razón tienen al decirme sus compañeros y amigos, que aunque no toree lleva siempre la *mona* consigo

Empleado en una casa editorial, está Sixto, y si alguno le pregunta: —¿Qué haces allí? — el muy ladino, —Llevar los libros — al punto responde dándose pisto. Y al decir esto no miente, pues según tengo entendido se dedica á transportar de un lado á otro los libros.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

En un examen. El examinando se queda cortado; un individuo del tribunal le dice: —¿Le perturba á usted la pregunta? —No, señor; contestó el interrogado, lo que me pone en un brete es la respuesta.

CHARADA

Siente mi *prima tercera* una gran *primera dos*, por no poseer un *Todo* propiedad de un gladiador, quien en horrible batalla aseguran lo perdió.

Se llama *primera doble* su dueño, y afirmo yo que el día que lo posea, tendré una satisfacción.

MORENO.

Cantares geográficos

I
Me han dicho que tú, de Laura fermentado te burlaste, cuando fuiste para verla al pueblo que he dicho antes.

II
A la pobre Margarita mandó una carta Genaro, desde la ciudad que cito, para darla un desengaño.

J. FERRÉ ESTELLER.

Rombos enlazados

```

      *
    * * *
  * * * * *
* * * * * * * * * * *
  * * * * *
    * * *
      *
  
```

Substituir las estrellitas por letras de modo que se lea en la 1.^a línea vertical y horizontal del 1.^{er} rombo, consonante; 2.^a, en la música; 4.^a, mamífero y 5.^a vocal... En la primera línea del 2.^o rombo, consonante; 2.^a, hortaliza; 3.^a, verbo; 5.^a, adjetivo; 6.^a, corriente de aguas y 7.^a, consonante. En la primera línea del 3.^{er} rombo, consonante; 2.^a, en Bilbao; 4.^a, en las aves y 5.^a vocal. En las líneas centrales de los tres rombos, nombre, apellido y categoría de una artista.

MANUEL VISTAHERMOSA.

Tercio silábico

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
  
```

Substituir las estrellitas por letras, de forma que leído horizontal y vertical expresen: 1.^a nombre de varón, 2.^a substancia explosiva y 3.^a oficio.

A. ARROYO MANJÓN.

Tarjeta

LAURA J. BUGENA

Con las indicadas letras debidamente combinadas, formar el nombre de un actor.

K. MARÁ.

Rombo numérico

7
5 8
9 2 1
3 6 1 8
7 2 5 4 9
8 3 6 1 8 1
7 4 5 4 9 6 9
9 6 5 4 7 6 8 1
1 2 3 4 5 6 7 8 9
8 7 6 5 4 1 8 1
9 6 5 6 7 2 1
5 4 8 1 9 2
9 6 2 1 8
2 7 2 1
9 2 7
5 4
9

Consonante.
Tiempo de verbo.
»
Receptáculo.
Nombre de varón.
Tiempo de verbo.
»
»
Nombre de mujer.
Tiempo de verbo.
»
En las fondas.
Nombre de mujer.
Nombre de varón.
Tiempo de verbo.
»
Consonante.
J. VIDAL FERNÁNDEZ.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA.—Camarero.
JEROGLIFICO COMPRIMIDO.—Mesnada.
ACRÓSTICO.—
S A L U D
I G N A C I A
C A S T A
G E R A R D A
I R E N E
M A R T I N A
J U A N A

Correspondencia

T. O. B. — ¿A cuánto pago la vara? Le diré á usted. Si son de fresno no tienen precio; miden muy bien las costillas, y no á palmos como mide usted las octavas reales.

Peneque. — Claro; peneque debía de estar usted para decir á su amada:

Eres la flor que se abre en primavera precavida y artera, para envenenar el ambiente con perfumes y aromas que se exhalan de tu labio sonriente y no pueden las palomas, entonar un himno más ferviente.

Amigo, usted es uno de los poetas que no se mueren, digan cuanto quieran los contrarios.

G. H. — Si corrige usted los dos últimos versos y suprime los dos primeros, no digo que no me guste. Y le hago notar, por si no está muy fuerte en matemáticas, que bien contados, no hay más que cuatro versos

en todo su idilio, que además de no ser idilio, lo titula usted silvestre.

Atila. — Se publicará.

Ogro. — También, pero no emplee pseudónimos tan espeluznantes.

G. V. — Dice usted. «Yo tengo, entre otras gracias personales, la de ser muy guapo.» — ¡Adiós, prendal!

N. P. T. — ¿Sabe usted que su consulta tiene cuatro bemoles, y que merecería toda una señora conferencia? Quiere usted saber si «hace largo el verso la unión de seis ó más vocales en una misma línea y si basta una simple coma para impedir la sinalefa.» La sinalefa es licencia que puede compararse al veneno y á las drogas: que no deben usarse sinó con precaución, parsimoniosamente; el abuso perjudica. No ha de ser la sinalefa forzada nunca, porque entonces deja de cumplir su oficio. Los clásicos, los buenos retóricos, los maestros en el decir, aconsejan que se huya de la tal licencia todo lo posible, porque al fin y al cabo como licencia tal poco bueno puede ofrecer. Entiéndase además, que nunca rebaja un grado entero la pronunciación, y que la sílaba que se forma uniendo dos vocales es sílaba prestada; luego al abuso de sinalefas corresponde, si no verso largo, verso duro. Lo de las comas, ya es otro caso. Es decir, el mismo, sólo que todo lo contrario. Aquí tendría que explicarle un curso de puntuación, relacionado con el arte de leer. Ambas cosas están muy descuidadas en nuestro país. En muchos casos, así como la sinalefa no une enteramente, la coma no divide ni aun teniendo muy buena voluntad. Mi consejo es que no se emplee la coma para evitar la sinalefa. El buen poeta, el de natura, educa el oído, y el oído es muy exigente. No cuente usted por los dedos para versificar. Y aun he dicho más de lo que me permite el espacio de que dispongo.

J. F. E. — La charada, juraría que la he visto publicada. Utilizaré algo del resto.

A. A. M. — Aprovecharé parte.

R. T. R. Los cantares parecen cosa fácil y á lo mejor le dan un chasco á cualquiera. A usted, por ejemplo.

N. N. C. — ¡Vaya por las sevillanas!
«Yo te dije chiquilla,
yo te dije chiquilla,
que tienes los ojos tan grandes
como el puente de Sevilla».

¿Desde donde á visto usted ese puente, desde Leganés?

Riquitrium. — ¡Vuelta con el estribillo! ¿Cómo le he de decir, para que usted lo entienda, que es usted muy bruto, Riquitrium?

J. P. A. — Bueno, no mande usted la firma.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Faded, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faded, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



Faded, illegible text at the bottom of the page, possibly a caption or additional information.



20 cents.

Núm. 444

